

EL FALANGISMO EN CRISIS CON LA CRISIS DE FEBRERO DE 1956

Jesús M. Zaratiegui
Universidad de Navarra

Cuando cruzaba el ecuador de las cuatro décadas de vigencia del régimen (1936-75), el franquismo sufrió una crisis, un cambio de rumbo, connotado por el definitivo declive del falangismo como hilo conductor y el progresivo encumbramiento de la nueva corriente tecnocrática. La larga pugna entre el sector tradicionalista (Carrero, Iturmendi, López Rodó, *Arbor*)¹ y el falangista (Ruiz-Giménez, Laín, Tovar, Sánchez Bella, Artajo)² se saldará, tras los sucesos de febrero de 1956, con la salida de Ruiz-Giménez y Fernández Cuesta. Aunque el exministro de Educación declaró que «cualquier parecido con la realidad era mera coincidencia», es decir, que no tenían nada que ver el cese simultáneo, todos sabían que Franco había aplicado su sentido del equilibrio sacando del Gobierno a las cabezas de los dos estilos de falangismo: el ortodoxo y el falangismo liberal.

Paradójicamente, esta defenestración abrió un periodo de esperanza al encargar Franco a otro falangista, Arrese, la elaboración de un *corpus* legislativo para los siguientes diez años. Fue un año, de febrero a febrero, en el que la ilusión renacida dio paso a la amargura de la derrota. Pareció repetirse en doce meses el proceso vivido en veinte años: ascenso de Falange, que copa la dirección del Estado Nuevo; vaciamiento de la sustancia falangista en el constructo del Movimiento; declive final. Para entender la reacción de los sectores de Falange, una vez lanzado el proyecto Arrese, sucesor de Fernández Cuesta en la Secretaría General del Movimiento y en el ministerio, conviene examinar primero las razones que llevaron al país a ese punto de paroxismo.

La confrontación entre los sectores tradicionalistas y falangista había tenido su punto álgido en torno a 1950 cuando Calvo Serer y Laín, cada uno atrincherado en su revista (*Arbor* y *Revista del Instituto de Estudios Políticos*), habían contendido sobre el ser de España (*con* problema o *sin* problema) y las soluciones que cada grupo (*inclusivos* y *excluyentes*) puso sobre la mesa (aglutinar lo mejor de las energías de los

¹ DÍAZ, O.: *Rafael Calvo Serer y el Grupo Arbor*, Valencia, 2008.

² RUIZ-GIMÉNEZ, J.: *El camino hacia la democracia. Escritos en «Cuadernos para el diálogo» (1963-1975)*, Madrid, 1985.

españoles, de uno y otro bando; o el contenido en el lema de: «España, o será católica, o no será»). Los años posteriores fueron de debilitación de los dos grupos, el falangista por el desgaste de Ruiz-Giménez en su tarea de ministro desde 1951; el grupo *Arbor* con la caída en desgracia de Calvo Serer, su inspirador y motor, tras la publicación de su famoso artículo en *Écrits de Paris* (XI/53). El antaño poderoso grupo *Arbor*, con su aliado López Rodó, segundo de Albareda en el CSIC, comenzó a astillarse como recuerda Calvo Serer:

Cuando en 1953 la «tercera fuerza» se esforzaba en plasmar en realidades su programa mediante la publicación del referido artículo de Calvo Serer en París, el administrativista empieza a dudar de las posibilidades políticas de tal operación y decide en consecuencia abrirse paso por otros caminos, tras haber hecho propias algunas de las ideas políticas de Calvo Serer. Así es como López Rodó comienza a aglutinar a un grupo de influencia creciente, el llamado «tecnocrático», que con el tiempo iría consiguiendo el nombramiento de ministros como López de Letona, López Bravo, Allende, Liñán, Monreal, Mortes³.

Una extraña relación amor-odio porque López Rodó declarará en 1957 que «hemos venido a llevar a cabo el programa de Rafael», aunque Rafael Calvo Serer encontrase estomagante este aparente plagio de sus ideas.

López Rodó había conseguido la colaboración de López Amo para hacer frente a la política que, desde el Ministerio de Educación, venía desarrollando Ruiz-Giménez. A fines de 1955 hizo circular un dossier político contra Ruiz-Giménez a quien acusaba de desarrollar una acción cultural que favorecía a los comunistas. Con la ayuda de Iturmendi, que habló a Franco en su favor, consigue ser secretario general técnico de la Presidencia. Allí se convierte en la eminencia gris de Carrero, ayudante de confianza de Franco. Su estrella seguía ascendiendo y creará la escuela de funcionarios de Alcalá, en pugna con un proyecto alternativo de *Escuela Nacional de Administración* que promovía Sánchez Bella y en el que este intentó involucrar, sin éxito, al *Instituto de Estudios Políticos*. Su director, Lamo de Espinosa, contestó (11/XII/56) que, muy a su pesar, no contaban con medios para lanzarse al proyecto.

Hasta 1956 todos –falangistas y tradicionalistas– habían intentado operar desde el Estado. A partir de entonces, ya no se piensa en la unidad *de* España (hacia atrás), sino en la integración *en* Europa (hacia adelante). Es un importante cambio de perspectiva

³ CALVO SERER, R.: *Mis enfrentamientos con el poder*, Barcelona, 1978, p. 53.

que se va a completar con la insistencia de Juan XXIII en la sociedad, y no en el Estado: la libertad religiosa del Concilio Vaticano II frente a la unidad católica del Estado español, que se entenderá como libertad de conciencia. Este cambio copernicano dejó a los católicos dirigentes franquistas en un estado de confusión mental.

La crisis de 1956 fue la de mayor calado que había sufrido el régimen desde 1936⁴. Franco creyó que todo se le iba de las manos porque fueron varios los frentes que hicieron crisis simultáneamente: la organización institucional, sin nuevas leyes desde 1948 (nueve años estáticos); la economía, ahogada por una autarquía insostenible; las bases (Falange) se están desviando; los dos grandes acuerdos del 53 (Estados Unidos y Vaticano) no habían resuelto los graves problemas por los que atravesaba España; la universidad estaba descontrolada. La situación era descrita en una nota que preparó López Rodó en enero para que Carrero la hiciera llegar a Franco, sobre «La situación política española al comenzar 1956»⁵. A lo largo de 1955 Franco había precisado que la estructura política española era la monarquía popular y social, encarnada en la dinastía de Alfonso XIII. Era el desarrollo de las formas políticas que le sostuvieron en la guerra: falangistas, católicos, y monárquicos. La nota describe las distintas etapas recorridas por el régimen. La nacional-sindicalista (1936-45) se asoció a los regímenes totalitarios aliados; la estabilización interior y la imagen exterior exigió dar primacía a los católicos (1945-54); y el eclipse de la democracia cristiana abrió la fase de tono monárquico. Pero la lealtad que los monárquicos mostraron en las dos primeras fases parecía no ser correspondida por falangistas y católicos desde 1955. «La actitud antimonárquica, antitradicional de determinados elementos falangistas en colaboración con otros elementos católicos» se ha agravado hasta hacer oposición desde dentro del Gobierno, se queja en la nota citada.

Estas muestras de rebeldía del conjunto falangista-católico se habrían acentuado durante 1955: en febrero, con motivo del Día del Estudiante Caído, el plante de los estudiantes falangistas agrupados en torno a Jorge Jordana, instrumento de Francisco J. Conde, director del *Instituto de Estudios Políticos*; los artículos antimonárquicos en *Haz*, periódico nacional del SEU; la hostilidad sorda de *Arriba* hacia la monarquía; gritos falangistas antimonárquicos en la conferencia en el *Ateneo* del antiguo

⁴ ARRESE, J. L.: *Una etapa constituyente*, Barcelona, 1982.

⁵ Archivo General Universidad de Navarra (AGUN). Fondo López Rodó (LLR). Caja 462/01.

embajador italiano Cantaluppo; mutilación del monumento a la Infanta Isabel por individuos cercanos al Frente de Juventudes; propaganda clandestina para disolver la FE y de las JONS, y volver a la primitiva Falange Nacional-Sindicalista. Todo un catálogo de esa creciente oposición «desde dentro».

La nota acusa del enrarecido clima universitario al ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz-Giménez, a sus directores generales (Pérez Villanueva y Fernández Miranda), a los rectores de Madrid (Laín) y Salamanca (Tovar), y a la actitud de Dionisio Ridruejo en los cursos de Santander. Todos ellos falangistas. La Escuela Central de Mandos del Frente de Juventudes se habría convertido en «un hervidero de demagogia y de rebeldía». Las reuniones de falangistas con socialistas (Zaragoza) y anarquistas (Barcelona) parecían buscar una conversión de la OSE en remedos de la UGT y la CNT. El Congreso de Jóvenes Escritores, la publicidad de la película *Muerte de un ciclista* de J. Bardem, los actos tras la muerte de Ortega. En definitiva, «pasan como franquistas, pero sin Franco». El escrito convenientemente situado por Carrero en El Pardo echa al fuego la leña que Franco necesitaba para alarmarse más aún y hacer la minicrisis de febrero.

En realidad, la desafección de la intelectualidad respecto al régimen es un proceso que venía produciéndose desde comienzos de los cincuenta, pero no es casual este sincronizado desencanto de algunas de las cabezas que habían sido soporte del proyecto franquista. Veamos tres ejemplos, ordenados por orientación política, de derecha a izquierda: Calvo Serer, Ruiz-Giménez y Ridruejo.

Rafael Calvo Serer nació en Valencia en 1916⁶. Estudió Filosofía y Letras y sacó la Cátedra de Historia Moderna por la Universidad Central en 1942. Amplió estudios en Basilea, Zúrich y Friburgo. En el CSIC, dirigió la revista *Arbor* desde 1947, el Departamento Internacional de Culturas Modernas, y el Departamento de Filosofía de la Cultura, puestos en los que cesó en 1953. Como delegado de la Junta de Relaciones Culturales trabajó para el establecimiento de las relaciones culturales con diversos países de la Europa Occidental (1946-49). En estos años publicó dos obras de filiación integrista: *España sin Problema* (1949); y *Teoría de la Restauración* (1952). En 1953 publicó un polémico artículo en la revista francesa *Écrits de Paris*. Franco conocía el artículo ya que Calvo Serer se lo había hecho llegar a través de Jorge Vigón, pero no le

⁶ DÍAZ, O., *Rafael Calvo Serer...*, op. cit., pp. 17-18.

gustó que lo publicase fuera. Calvo Serer perdió todos sus puestos en el CSIC y en *Arbor*, y pasó a formar parte del Consejo privado de don Juan de Borbón. De 1966 a 1971, presidió el Consejo de Administración de FACES, sociedad editora del diario *Madrid*. En 1958 publicó su libro *La fuerza creadora de la libertad*, fruto de su estancia en los Estados Unidos, en el que se distancia de sus posiciones conservadoras intransigentes. Así pues, en 1956 Calvo Serer comenzó este viraje que le llevará en los años setenta a firmar en París el documento constitutivo de toda la oposición en el exilio.

Joaquín Ruiz-Giménez, ministro de Educación entre 1951 y 1956, ya había iniciado la apertura hacia posiciones liberales cuando, nada más tomar posesión de su cargo, colocó en puestos clave a personas como Laín y Tovar. Su política de mano tendida dirigida a recuperar a todos los que habían militado al lado de la República, para sacar lo mejor de cada uno, le había ganado la animadversión de los más duros del régimen. Además, su empeño por desactivar la fuerza del grupo *Arbor*, con la complicidad del CSIC (López Rodó y Albareda) y del *Ateneo* de Madrid, donde Pérez-Embid era presidente, junto a las innovaciones en el sistema de formación de tribunales de cátedras universitarias, hicieron de esos cinco años un infierno por la pugna encarnizada entre los dos grupos.

Ruiz-Giménez justifica su apoyo a Franco tras la Segunda Guerra Mundial por su habilidad para no meternos en ella, luego todos los países reconocieron a España («el régimen no era tan antidemocrático») y, sobre todo, porque el régimen lo habían hecho realmente los católicos. Pero el examen más profundo en Roma durante el Concilio de estos hechos le llevó a la crisis de conciencia política que se inicia

... cuando yo, en el ejercicio de mi cargo de ministro, me pongo en contacto con las realidades de casi todas las provincias españolas, de los pueblos españoles; cuando me encuentro con la imposibilidad de aumentar las escuelas porque carezco de fondos; cuando me doy cuenta de que hay una gran insensibilidad en los sectores más importantes del sistema para dedicar a educación nacional las cantidades necesarias para hacer una auténtica política de educación de todo el mundo; cuando veo que hay cerrazón por parte de sectores tradicionales para realizar una enseñanza media lo más igualitaria posible; cuando me tropiezo con que desde el punto de vista de las Universidades y mi deseo de incorporar de nuevo a elementos valiosos que estaban exiliados, se produce una campaña que poco a poco va minando mi crédito y mi prestigio dentro del gobierno⁷.

⁷ VILAR, S.: *Protagonistas de la España democrática*, Barcelona-París-Madrid, 1968, p. 458.

El viraje se va a consolidar en sus años de Salamanca (1956-60) que «fueron decisivos para mi profundo cambio, no de mis creencias religiosas básicas, como en mi enfoque de la Filosofía del Derecho, para enraizarla en el terreno sustancial de los derechos humanos fundamentales y de la organización democrática de los poderes públicos»⁸. En un clima de diálogo con los colegas de docencia por encima de diferencias ideológicas, especialmente con «Enrique Tierno Galván, porque merced al esfuerzo de comprensión recíproca y de diálogo sin veladuras, sobre el duro pasado, el difícil presente y el incitante futuro, logramos pasar de una patente animadversión, por no decir hostilidad, a una estimulante cooperación; él, desde su marxismo doctrinal, nunca tergiversado, y su agnosticismo religioso, pero con delicado respeto al creyente, y yo desde mi fe cristiana y mi ya firme voluntad de acción democrática, hasta lograr una sincera sintonía en nuestras perspectivas». También allí se reconcilia con Giménez-Fernández con motivo de una conferencia que dio este sobre Fray Bartolomé de las Casas. Esta postura de integración recibirá las críticas de Serrano Suñer: «era contradictorio porque cortejaba a la vez a Franco, a Juan XXIII y al PCE»⁹.

Tierno Galván estaba en Salamanca desde 1953 y se calificaba como no católico y no falangista, según cuenta su discípulo Raúl Morodo¹⁰. Una conferencia en el IEP de Javier Conde, teórico del falangismo proalemán, introductor de Schmitt y de los teóricos de la revolución nacional, le marca y queda fijado como antirrégimen y como «enemigo interior». Tierno venía siendo discretamente trabajado no por el PCE, que tenía escaso peso entonces, sino por el PSOE cuyo liberado, Antonio Amat, visitaba al profesor en Salamanca. Será precisamente Amat quien en marzo de 1955 anuncia una próxima entrevista de Teodomiro Menéndez, enlace habitual con disidentes del interior como Ridruejo.

Cerramos el triángulo con Dionisio Ridruejo, el hombre más a la izquierda del grupo, que se debatía por no romper con el franquismo. «En el año 1955 consideré que esta tentativa era quimérica, que nada podría hacerse sin fuertes presiones sociales y que el gran problema era que el pueblo español había perdido su conciencia civil. Había, pues, que devolvérsela. Por lo tanto, había que situarse en el extrarradio

⁸ RUIZ-GIMÉNEZ, J.: *El Concilio del siglo XXI*, Madrid, 1987, pp. 131-147.

⁹ SAÑA, H.: *Franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer*, Barcelona, 1982, pp. 323-325.

¹⁰ MORODO, R.: *Atando cabos*, Madrid, 2001, pp. 131-147.

del Régimen, para crear un movimiento de conciencia social en el país»¹¹. Los contactos de los socialistas con el antiguo líder falangista, a través del Movimiento Socialista de Catalunya, se habían iniciado en Madrid a comienzos de 1955¹². Su participación en el movimiento estudiantil le lleva a la cárcel: «eso representó para mí algo que no hubiese conseguido con 50 conferencias: mi presentación al público que no pertenecía a la familia triunfadora».

Precisamente unos días antes de ser detenido, Ridruejo escribió (24/I) a Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, quejándose por la suspensión de las revistas falangistas *Ínsula* e *Índice*, hasta entonces toleradas por el régimen como manejables, y «que por el mero hecho de existir y de manifestarse en su independencia y su apoliticismo daba al régimen una patente –seguramente inmerecida– de liberalismo y moderación»¹³. Las dos se sentenciaron al publicar un número monográfico a Ortega, muy laudatorio. El público de *Ínsula* estaba en el exterior, «era el puente entre una España intelectual no comprometida pero respetuosa y respetada, con un mundo propenso a no creer semejante posibilidad de una vida intelectual en España no ya libre, sino siquiera en “libertad vigilada”. He aquí que llevan razón». Pero más grave era el caso de *Índice*, una revista creada por el régimen y cuyo director era un falangista excombatiente: «Representaba entre nosotros uno de los varios intentos para demostrar que el Régimen –al menos como hecho consumado y punto de partida– tenía posibilidades de apertura, de inclusión, de interrogación, de progreso perfectivo». Para arrancar posibles brotes de liberalismo, el Ministerio de Información suspendió estas dos revistas culturales que llevaban diez años publicándose. *Índice* tiraba 7.500 ejemplares, *Ínsula* 3.500. Meses antes había pasado lo mismo con las revistas estudiantiles *Alcalá* y *Haz*, por incluir artículos con críticas a la política educativa del Gobierno.

Los generales Aranda y Kindelán eran también parte de esa «oposición manejable» que el dictador permitía. Se movían en círculos parecidos a los de Ridruejo. En carta a Don Juan el 31 de enero de 1956, el general Aranda le reprochaba la sospechosa coincidencia de declaraciones con las de Franco y que revelaría el giro

¹¹ RIDRUEJO, D.: *Entre literatura y política*, Madrid, 1973, p. 216.

¹² MATEOS, A.: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*, Madrid, 1993, p. 52.

¹³ Ridruejo a Martín Artajo, 24 enero 1956 (AGUN/MPS/006/027).

franquista que había dado Estoril. «En virtud de tal acuerdo, los monárquicos pasamos de la oposición bien fundada a la fusión con los beneficiarios del Régimen, aceptando todas y cada una de sus Leyes y principios», una «Monarquía atada previamente de pies y manos» por un régimen que «ha caído en la falta absoluta de libertad»¹⁴. Reprocha al Borbón que con ese viraje pierde el apoyo de las masas obreras y de muchos monárquicos. Así Aranda se separa definitivamente de Don Juan, al que acusa de plegarse a Franco.

Seguir a estos personajes en torno a 1955 permite hacerse una idea del ambiente político en la España franquista en vísperas de producirse los disturbios estudiantiles que condujeron a la mayor crisis del régimen. Había otro problema ya citado: la actitud abiertamente contraria de Falange. No se trataba de gritos aislados contra Franco (en Orense, en el Valle de los Caídos) sino de un desenganche de lo que entendían era la tendencia vencedora, la monárquica patrocinada por Carrero y López Rodó. Fernando Herrero Tejedor se preguntaba: ¿tiene aún Falange una misión? Se cumplía el XX aniversario de la visita de José Antonio a Ávila: muchos españoles viven en condiciones miserables, y eso seguía igual, «todavía está pendiente nuestra revolución», dijo Herrero. Franco también se había excusado porque han sido «20 años críticos, azarosos, de inquietudes fuertes, en que hemos prevalecido con honor, con gloria y con éxito». El lema de Franco (unidad sin fisuras) comenzaba a crear problemas incluso a hombres adictos como Tejedor.

El líder falangista ponía el dedo en la llaga al hablar de muchos correligionarios «amargados por las brutales experiencias de los últimos decenios», y «los que se retiran a disfrutar de su propio bienestar». Este era el resultado de una diferente actitud ante la política (el absentismo de muchos años estaba dando paso a una mayor implicación); pero la elección de la cita debió poner nervioso a más de un asistente al acto: «Laín Entralgo en *Sobre la cultura española* ha dicho que las generaciones pasan por tres tiempos: vivencia inicial, polémica y cumplimiento (...) tras la primera fase de absentismo, ahora marchan en busca de una polémica que de nosotros depende sirva para remachar una vez más las verdades profundas y permanentes de España»¹⁵. No aludió al progresivo desenganche de Falange del rector de la Universidad de Madrid.

¹⁴ FRANCO SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, 1976, p. 161.

¹⁵ Palabras de F. Herrero Tejedor en Ávila, 11 de enero de 1956.

Herrero Tejedor le da la vuelta calificando de positiva esa insatisfacción, es lo menos que se podía esperar de los hijos del 18 de julio. Y recordaba unas recientes palabras aduladoras de Fernández Cuesta a Franco: «nos enorgullece su apasionada fe, su constante acicate, su crítica exigente porque se prueba que la capacidad de sugestión de nuestra doctrina, a pesar del desgaste del tiempo, de los embates de la realidad, de la fatiga propia y del odio enemigo, sigue intacta». La insatisfacción uniría al Movimiento y a José Antonio. Esa juventud insatisfecha ha de ser recogida, encauzada, como había pedido el Caudillo: «Yo apelo a las generaciones nuevas para que se apresten a la tarea, y pido a los fatigados (...) se acojan al retiro honroso de quienes han servido». Como las bases se estaban desenganchando porque no veían que ese extraño constructo del Movimiento fuera a dotarles de «una doctrina común, de unos principios básicos e insoslayables», apelaba al peligro rojo, «ahora cubierto con la capa de la paz y la tranquilidad». Que en 1956 el régimen agitara el espantajo del comunismo («nos hemos acostumbrado a él») indica el grado de desafección de los hombres que habían hecho la guerra, y de la juventud que les sucedió.

El mensaje de los jóvenes falangistas era nítido en el artículo «El descontento no es una postura negativa», publicado en *La Hora* (II/56). ¿Qué pide la juventud a sus mayores?: que los muertos entierren a sus muertos. «Una misma postura de sinceridad, de intentar el diálogo, la proximidad entre todos los españoles, unido al deseo de no desfasarse históricamente, de encontrarse en constante actualidad, de ser capaces de realizar lo que el momento histórico exige, son los dos fundamentales elementos que encuadran el pensamiento político de la juventud». La actitud de la juventud era una carga de profundidad para el régimen. Quieren la superación de la vieja distinción en izquierdas y derechas. No comprenden el llamado «problema de los intelectuales», en el diagnóstico de la enfermedad nacional. Valoran todo lo que de auténtico hay en Menéndez Pelayo y en Ortega, y la aportación de ambos a los problemas nacionales. No hay que mirar atrás para trazar el camino del futuro. Se entiende que leyendo semejantes artículos en revistas adictas, Franco interpretara correctamente que había perdido el control de una gran parte de la Falange, sobre todo, de sus elementos jóvenes.

Así lo percibió también el inquieto monárquico Pablo Beltrán de Heredia que en carta (4/III) a Eugenio Vegas Latapié juzgaba peligrosos los disturbios estudiantiles

«por el fermento de subversión revolucionaria que demuestran. Es indudable que para hablar hoy a los estudiantes hay que comenzar manifestándoles una absoluta insolidaridad y disconformidad con todo lo actual». La situación y la respuesta del poder político y de los intelectuales, era la que se dio en 1931. Pero si entonces la única salida fue el socialismo, cree que ahora lo será el comunismo. Los intelectuales tendrían que «volver a entonar el “No es esto, no es esto” (...) Es preciso hacerse con los jóvenes (...) quienes hoy reclaman posturas sinceras y ejemplares»¹⁶. Es el momento de proclamar su independencia ideológica, aunque eso suponga disidencias y rupturas. Ve a los jóvenes envueltos en los disturbios en la confusión generada por el nacionalcatolicismo, y se plantea proclamar que «se puede ser un perfecto católico sin compartir las opiniones políticas de las jerarquías eclesíásticas españolas». En el orden práctico propone «rechazar, para cualquier empresa que se acometa, la colaboración de nadie que, directa o indirectamente, mantenga contactos activos con el Régimen». Ese tipo de persona incontaminada es escasa y habría que buscarla entre los jóvenes: «para ofrecer a la juventud, desalentada y descontenta, un cauce de disconformidad con el Régimen opuesto al cauce liberal, que, cándida e ingenuamente, les proponen Laín, Tovar y demás compinches».

La violencia que se desbordó en los incidentes estudiantiles venía incubándose desde inicio de curso. En octubre de 1955 hubo un intento desbaratado por la autoridad gubernativa de celebrar en Madrid un congreso universitario de escritores jóvenes, auspiciado por el rector Laín, y promovido por Tamames, Pradera, Múgica y Sánchez Dragó¹⁷. En diciembre, el ministro de Educación Ruiz-Giménez crea el círculo cultural «Tiempo Nuevo», en cuyos locales prepararon (I/56) los cuatro un manifiesto pidiendo la celebración del congreso. La tensión se desborda al celebrarse las elecciones estudiantiles sin control del SEU en Derecho (7/II). Acude la Centuria XX de la Guardia de Franco, que agrede al decano Torres López y a varios estudiantes. Unos 500 de ellos van en manifestación por la Gran Vía para informar a los de Medicina de lo ocurrido. Al día siguiente, los falangistas acuden a Derecho y cantan el *Cara al sol* ante la lápida de los Caídos que había sido apedreada. Algarada delante del ministerio de Educación, carreras, los falangistas rompen cristales del «Colegio

¹⁶ Pablo Beltrán de Heredia a Eugenio Vegas Latapié, 4 de marzo de 1956 (AGUN/PBH/05/022).

¹⁷ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, Barcelona, 1990, p. 38-39.

Estudio», dirigido por Jimena Menéndez Pidal. El 9 de febrero, Día del Estudiante Caído (en honor del asesinado Matías Montero en 1933), hay un acto ante el monolito de la calle Víctor Pradera al que asiste la plana mayor falangista. Sale de allí una manifestación, chocan con grupos de estudiantes, y cae herido de bala Miguel Álvarez, del Frente de Juventudes. Nunca se aclaró pero parece que fue un falangista el autor del disparo. El Consejo de Ministros del día 10 decidió el cierre de la Universidad de Madrid y la suspensión de los artículos 11 y 18 del Fuero de los Españoles (sobre libertad de residencia y sobre detención gubernativa). La reunión en la sede de la SGM decretó la expulsión del Partido de Dionisio Ridruejo al que se consideraba inspirador del manifiesto leído por los estudiantes. En los cuarteles se habló abiertamente de Don Juan, que venía preparando el terreno con promesas de aumentar los salarios¹⁸.

Franco decretó (15/II) el cese de Ruiz-Giménez y de Fernández Cuesta (les sustituyen Rubio y Arrese). Los fieles de Ruiz-Giménez, como Sopeña, acuerdan irse con él; Francisco Yndurain dimite (17/II) como rector de Zaragoza, coincidiendo con la llegada del nuevo ministro, y se va dos años a Berkeley. Otros, como Torcuato Fernández Miranda, se quedan en el nuevo equipo de Rubio (como director general de Enseñanzas Universitarias). En la toma de posesión (16/II) el exministro de Educación juega al despiste y dice que es una mera coincidencia la doble dimisión. Se reanudan las clases en Madrid (28/II). De la importancia de la crisis dan fe: un informe de Dionisio Ridruejo (1/IV), y la carta-memorial de Girón a Franco (19/IV), de los que nos ocuparemos más adelante.

Arrese fue convocado (14/II) por Franco en El Pardo¹⁹. Ese día el futuro ministro come con Iturmendi, Cavestany y Lamo de Espinosa, se declara ajeno a cualquier posible compromiso político, y les cuenta lo que le ha dicho Franco: hay una reacción neoliberal en la universidad, él se siente incómodo, la Falange se le iba de las manos. Se le pide una actuación de disciplina y orden. Se resiste aunque intuye «una serie de posibilidades infinitas», y se ve más capacitado que Raimundo para reconducir la Falange por el buen camino. La respuesta de Arrese: «Lo que usted mande. Le debo la vida» (alusión quizá al indulto de Salamanca). La prensa habla de «cambios

¹⁸ CRÉACH, J. : *Le cœur et l'épée*, Paris, 1958, pp. 366-367.

¹⁹ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, p. 16.

ministeriales, dando tu nombre como posible Secretario General, en sustitución de Raimundo Fernández Cuesta (...) eres la única persona, por tu prestigio, que en estos momentos puede sustituir a Raimundo, figura señera en nuestra Falange. Desde luego, de ser así, te va a corresponder uno de los periodos más delicados y de mayor responsabilidad para el futuro del Movimiento. Han sido muchos los años que han pasado sin que se previeran futuras contingencias»²⁰. Era una remoción y «expresión auténtica de una nueva vitalidad». Los cambios dejan «entrever una vuelta al significado de los Gobiernos del año 40 y 41 (...) ha triunfado la tendencia exclusivista de Arrese sobre la colaboracionista de Raimundo». En efecto, Arrese se planteó como objetivo legislar para que al morir Franco continuara el Partido, aunque no se lo dijera con esa claridad al Caudillo.

Arrese revela el reagrupamiento de las fuerzas falangistas que tenía en mente el día de su toma de posesión (16/II)²¹. Sabe que Girón, antiguo compañero de estudios en los jesuitas de Orduña, no ha aceptado la Secretaría General del Movimiento, convencido de que tendría que dismantelarla, pero puede contar con él pues está proponiendo entusiastas planes para hacerse con la universidad. En concreto, Girón sugiere a Salas Pombo crear en la Universidad Central un seminario de Estudios Sociales y Sindicales, para contrarrestar: 1) la corriente roja o «progresista»; 2) «la corriente democristiana que pretende, con su Instituto Social León XIII, monopolizar el “socialismo” no marxista y formar los únicos sociólogos preparados del país. Sociólogos que luego nos los encontramos, a merced de su asepsia política aparente, hasta en la sopa haciendo traición»²². También tiene sugerencias para hacer de *Pueblo* un instrumento eficaz sindical. Arrese montó rápidamente su equipo con la inestimable ayuda del vicesecretario Salas Pombo: Girón a Obras Sociales; Ismael Herraiz como Delegado Nacional de Prensa del Movimiento; para la delegación Justicia y Derecho trae a Tomás Gistau; a Navarro Rubio lo hace secretario nacional de Sindicatos, aunque había chocado con Raimundo, cuando este vetó la propuesta de Sanz Orrio. Con esto, pensaba Arrese que era suficiente ya que Martín Artajo y Carrero cubrían la «representación de los sectores y organizaciones católicas».

²⁰ Valdés Larrañaga a Arrese, 15 de febrero de 1956. AGUN. Fondo Valdés Larrañaga (04/010).

²¹ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, pp. 20-28.

²² Girón a Salas Pombo, 22 de febrero de 1956. AGUN. Fondo Salas Pombo (06/040).

Es interesante el análisis que hace de la crisis un hombre tan cercano a Carrero y a Arrese como Calvo Serer²³. La crisis corta soluciones seudorrepublicanas y posterior fracaso del proyecto Arrese lo atribuye a su parecido con las «constituciones de países soviéticos». Así se justificó la amplia renovación (II/57) con generales monárquicos (Vigón, Alonso Vega) y lo que «quedó en posición destacada fueron los neo-franquistas tecnócratas». Después de crisis fueron «decapitadas» las organizaciones de política cultural: Conde, del Instituto de Estudios Políticos a Filipinas; Sánchez Bella, del Instituto de Cultura Hispánica a Santo Domingo; García Gómez, del Instituto de Estudios Árabes a Irak; el teórico dirigente del Instituto Español de Cooperación Internacional (Calvo Serer) ya había sido desmontado (XII/55), Yndurain deja Zaragoza. Pero no adelantemos acontecimientos.

Arrese se había formado una idea de hasta dónde llegar en su reforma sin alarmar a Franco ni defraudar el cheque en blanco que le había dado, y eso se notaba en las reuniones de un gabinete consciente de su provisionalidad. En sus anotaciones sobre los consejos de ministros, sobre la resaca de los incidentes en la universidad: «un pisto de mandilones y de incautos de derecho pide el indulto de los estudiantes de la última huelga»²⁴. A Franco le había disgustado «el artículo de *Ecclesia* sobre los sucesos estudiantiles, Artajo pasa muy mal rato pero el comentario y el tema son supervidriosos. Justicia: Habla del procesamiento de los enredadores estudiantiles y no me gusta la intervención de Arrese que quiere derivar el asunto a la jurisdicción de la Falange contentándose con una simple corrección disciplinaria». Sin embargo, unos días más tarde (16/III) Vallengano se quejará de que –Arrese– «no informa ni dice nada a diferencia de Fernández Cuesta que poco o mucho siempre informaba algo. Supongo que será nueva táctica y despachará con el Caudillo pero para esto ¿para qué un Ministro?».

El equipo de Arrese comenzó a trabajar sobre el proyecto de reforma. Bajo la experta dirección de Salas Pombo, el grupo del *Instituto de Estudios Políticos*, formado por Conde, Fraga y Fueyo, tuvo pronto un borrador de lo que algunos llamarían «constitución soviética». Si hemos de hacer caso a la versión de Suárez el proyecto

²³ CALVO SERER, R.: *Franco frente al Rey. El proceso del Régimen*, París, 1972, pp. 14-17.

²⁴ Cf. Notas del consejo de ministros tomadas por el conde de Vallengano, 23-24/II/56. AGUN. Archivo Conde de Vallengano (77/01).

de Arrese se basaba en la ponencia (Ley del Poder Ejecutivo) que había redactado (XI/55) una comisión presidida por Jorge Jordana Fuentes e integrada por Antonio Castro Villacañas, Mario Hernández Sánchez-Barba, Manuel Galea, César García Sánchez y Gabriel Elorriaga²⁵. No quiso relación alguna, aunque le fue ofrecida, con el grupo de Vigón, Pérez-Embid y Calvo Serer que afirmará: «enseguida montamos la oposición a las leyes totalitarias». El 4 de marzo Arrese anuncia en Valladolid su programa inmediato: institucionalización, paso a la juventud y ganar la calle. Parece que revivía la Falange como las flores en primavera. De la lectura de las memorias de Arrese se deduce que sostuvieron una fase ascendente en el ánimo de Franco y en la aceptación unánime por parte de la clase política franquista hasta el mes de junio²⁶. A comienzos del verano de 1956 fue posible incluso una crisis política que beneficiara tan netamente al sector falangista del régimen y que le permitiera ocupar, a la vez, la subsecretaría de Presidencia, Información, la Secretaría General del Movimiento y Exteriores, desplazando para ello a Martín Artajo.

Son los meses en los que Franco confía en el ministro que infunde un dinamismo nuevo a las tareas de gobierno. Arrese convence al Caudillo de celebrar consejos de ministros quincenales, y activa la Junta Política del Movimiento (se reunirá cada dos meses, cuando antes lo hacía solo para aprobar los presupuestos de la Secretaría General)²⁷. Choca, en cambio, con el cardenal Segura, tan santo como molesto, que recuerda a Arrese que él es el único arzobispo de Sevilla. El motivo es una doble y antigua ambición de Falange: la participación de todos, no solo del dinero, en los beneficios de la producción, y la intervención de la mano de obra y de la técnica en la dirección de la empresa²⁸. Para remediarlo, Franco tiene (1/V) en Sevilla una de sus tres intervenciones capitales en 1956 (las otras dos ante el Consejo Nacional y en Badajoz). Habla a las Falanges sevillanas y parecía querer convencerlas de la necesidad de una Monarquía, pero al mismo tiempo creyéndose ante una organización respaldada por una fuerza que no tenía. Habla de la intangible supremacía del Movimiento y, ante el asombro de unos y el entusiasmo de otros, dice que riadas de

²⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, 1984/V, p. 265.

²⁶ TUSELL, J.: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984, pp. 392-398.

²⁷ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, pp. 33-34.

²⁸ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, p. 42.

boinas rojas y camisas azules arrollarían a los que trataran de oponerse a su primacía (aunque llevaran arreos cardenalicios). Se refiere a la monarquía que con tantos recelos acabó en 1931, ahora somos «un Movimiento de unidad, de jerarquía, un Movimiento de autoridad; somos como una pirámide que en la punta hay una persona, y tenemos una disciplina y una obediencia. En nada se aproxima esto a una república, a un régimen presidencialista. Somos de hecho una monarquía sin realeza, pero somos una monarquía»²⁹. Era un respaldo al desairado Arrese cuando dijo: «la Falange podría vivir sin monarquía, pero no la monarquía sin la Falange».

Es interesante ver cómo se recibió el discurso en Estoril donde Ramón Padilla, secretario de Don Juan, apunta que, a tenor de lo dicho en Andalucía «Franco se dispone a la evolución hacia una Monarquía falangista y esta operación que no cuenta con el Monarca, con los Monárquicos, ni con el país, corre el riesgo de realizarse en falso (...) Hay unas Leyes en preparación redactadas sin consulta ni contacto con nadie, fuera de un pequeñísimo grupo que actúa dentro del Partido y a las órdenes inmediatas de Arrese y del Jefe del Estado»³⁰. Ve a Franco muy presionado por los hechos recientes (Marruecos, huelgas, huelgas universitarias, proceso Girbau) y poco propicio a las peticiones que iban a hacerle Martínez Campos y Andes en su próxima audiencia: que en la redacción de esas leyes estén presentes ellos (los monárquicos), la Iglesia y el Ejército.

Un primer borrador de Arrese comenzó a ser estudiado por los ministros a finales de mayo. Girón pensaba que era un error sacarlo tan pronto a la luz porque tenía aún sin resolver la consolidación del nuevo equipo de la Secretaría General del Movimiento³¹. Arrese no provocó la crisis a tiempo, y adelantó el proyecto de reforma a este hecho. Luego le echaría la culpa a la subida de salarios. En muy pocos días toda la plana mayor del franquismo conocía los detalles del escrito. Hubo algunas tibias muestras de apoyo pero su antecesor Fernández Cuesta adelantó sobre las leyes en preparación: siguen la concepción soviética del poder político ejercido al margen del Gobierno y por organismo distinto, y las Cortes quedan desactivadas. En palabras de Calvo Serer, Arrese «tuvo el mérito de poner al descubierto el vicio fundamental del

²⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Francisco Franco...*, op. cit., pp. 288-293.

³⁰ Ramón Padilla a Juan Tornos, 5 de mayo de 1956. AGUN. Archivo Conde de Vellellano (78/02).

³¹ GIRÓN, J. A.: *Si la memoria no me falla*, Barcelona, 1994, pp. 169-173.

régimen de Franco. Un régimen que –por ser puro poder personal– resultaba interino e insuficiente. Se imponía la necesidad de la sustitución por un régimen institucional»³². Para ello hizo suyos los proyectos de Javier Conde y su colaborador Jesús Fueyo, «y presentó, con un anacronismo de diez años de retraso, un proyecto de constitución totalitaria, al estilo de los países satélites». Se encontró con la oposición monárquica, la de los católicos no colaboracionistas, y la jerarquía española que lo calificó de «monstruosidad anticristiana».

Todo iba bien hasta entonces pero, dice Arrese, «hubo un día que, de pronto, dejé de ser el niño mimado de El Pardo y pasé, sin saber por qué, a caballo desbocado al que es preciso sujetar la brida». La crisis no se llevó a cabo, no hubo gobierno «homogéneo» (es decir, falangistas) y empezaron a existir discrepancias en contra del texto en la comisión redactora (Iturmendi y Carrero en contra). Arrese persistió pasado el verano, pero diagnostica bien los hechos. El punto de inflexión fue la «Nota sobre la ponencia de las Leyes Fundamentales» de Carrero (5/VI). Era un ataque fuerte y Arrese perdió la confianza que el Caudillo le había mostrado cuando en febrero le diera el encargo de elaborar las nuevas leyes. En septiembre anunció en Salamanca la conclusión de los trabajos de la ponencia (dos de los proyectos habían sido ya entregados a Franco). Octubre fue adverso para Arrese porque arreciaron las críticas. Por eso, acudió directamente a presentar sus anteproyectos ante el Consejo Nacional. Al tiempo percibió «que la oposición había llegado al Pardo», Franco le entregó 15 puntos de discrepancia «que había oído» y que a Arrese le parecieron «15 sentencias de muerte a la bella ilusión que durante algunos meses había alimentado»³³. El problema: en vez de optar por una solución republicana, que debía resultar simpática a algunos sectores del falangismo, se limitó Arrese a crear un Movimiento independiente y con unos poderes enormes concentrados en su Consejo Nacional y en el Secretario General del Movimiento.

Los sucesos de febrero tuvieron otras derivaciones en el campo falangista, como ya mencionamos. En primer lugar, Dionisio Ridruejo soltó las últimas amarras con el régimen al dirigir (1/IV) un informe de 50 folios a los miembros de la Junta política de FET y de las JONS, sobre los últimos sucesos universitarios. Deja claro que fue iniciativa

³² CALVO SERER, R.: *Franco frente, op. cit.*, p. 78.

³³ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, pp. 88-157.

suya la celebración del frustrado congreso de jóvenes escritores, porque «el SEU, reducido ya a minoría y representante de una política de “tesis única”, no podía ser el titular único de esta organización»³⁴. Los jefes del SEU dieron la consigna de oponerse a esa pretensión y de «promover incidentes para que pudiera intervenir la Policía». Ridruejo concluye que están actuando por despecho: «la juventud se le ha ido a la organización oficial de las manos: los propios cuadros del Frente de Juventudes rezuman inquietud, hipercrítica, descontento. Y el SEU se va quedando desierto». Unos pocos días más tarde (19/IV) el ministro de Trabajo, José Antonio Girón, escribía a Franco tomando pie de los sucesos estudiantiles: ¿cómo podían poner, se preguntaba, a todo un país en estado de histeria unos sucesos minúsculos si se comparan con los que podría resistir un país fuerte? «¿Qué ocurrirá el día en que nos falte Franco?», porque solo el Ejército había estado en su lugar. «¿Qué fortaleza es la del Movimiento que se estremece jurídicamente hasta el punto de suspender las garantías por un ataque de unas cuadrillas sueltas sin fuerza?». La gente de la calle sacó sus conclusiones: «el sistema jurídico sobre el que el Movimiento reposa tiene unos fallos que impiden perpetuarle», lo que ha obligado a articular «sistemas de seguridad, (...) instrumento jurídico que asegure firmemente el Régimen», en clara alusión a los proyectos de Arrese.

Un tercer hecho vino a alterar el artefacto falangista: el juicio contra Vicente Girbau (IV/56). Girbau se licenció con el Premio Extraordinario en Derecho en la Universidad de Barcelona. Discípulo del internacionalista Trías de Bes y del historiador de Derecho Luis García de Valdeavellano, bajo cuya influencia se formaron destacados académicos, juristas y políticos. En plena revuelta estudiantil, en 1956, firmar manifiestos para pedir libertad suponía jugarse el tipo. Girbau los redactó y fue detenido. Le defendió Gil Robles, en su primera actuación ante un tribunal desde la República, y usó un argumento difícilmente rebatible: no hay delito porque cuanto se dice en los manifiestos es cierto. El TOP fue relativamente benévolo: un año de cárcel. A la salida de Carabanchel, la suspensión de empleo y sueldo como diplomático. En 1958 fue expulsado de la carrera. Por un tiempo, en exilio mitad forzado, mitad elegido, vivió a salto de mata. «Cuando ocurrió lo del contubernio de Múnich –dice– pensé que Franco ya no moriría nunca y que tenía que forjarme otra vida». Fue

³⁴ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 40-41.

funcionario de la FAO, la OIT y la OMS, vivió en Ginebra, París, Roma y Londres, conoció a Álvarez del Vayo, a Pablo de Azcárate, a Rafael Alberti, a Antonio Amat, y tuvo tiempo para reunir 100.000 pesetas e invertirlas en la editorial Ruedo Ibérico, que llegó a ser símbolo del antifranquismo.

Lo que parecía un caso más de depuración se enredó cuando Gil Robles incluyó entre los testigos de la defensa a Manuel Torres López, exdecano de la Facultad de Derecho de Madrid, falangista y Consejero del Consejo Nacional, que había sido golpeado por falangistas de la Centuria XX de la Guardia de Franco en su propia Facultad. Asqueado por la actitud de sus correligionarios, decidió abandonar el Partido. Comunica a Salas Pombo, Vicesecretario General de FET y de las JONS, su «decisión de abandonar todo cargo político (...) mi irrevocable petición de cese de Consejero Nacional de FET y de las JONS como un ineludible imperativo de mi propia conciencia, que insiste en asegurarme que con el público entredicho político que se ha fulminado sobre mí, no puedo ejercer cargo político alguno»³⁵. Salas Pombo comunicaba (24/IV) a Arrese que era partidario de cesar a Torres: «La situación en torno a él es políticamente insostenible. Y su actuación de ayer como testigo movido hábilmente por Gil Robles será tremendamente perjudicial para nuestro Movimiento (...) Sus nervios se han destemplado más de lo admisible». Y se lo hace saber a Torres: «No acierto a comprender cómo un hombre de tu inteligencia puede haberse prestado a ser juguete político en manos de los enemigos de Franco y de la Falange. Es un deber testificar la verdad (...) Pero una cosa es la verdad del testimonio, y otra la torpe y lamentable forma de dejarse envolver en una maniobra cuyos objetivos son bien claros (...) Pido a Dios aclare tu ofuscación y te haga ver las lamentables repercusiones que tu actitud tiene»³⁶. En el Consejo de Ministros del 27 de abril se trata del proceso a Girbau «y se excitan los ánimos entre el ministro de Justicia y el de Gobernación; Torres López y Laín Entralgo quedan en sus declaraciones por los suelos y no digamos Gil Robles prestándose a defender»³⁷. Los incidentes continuaron los meses siguientes.

³⁵ Torres López a Salas Pombo, 18 de abril de 1956. AGUN. Archivo Salas Pombo (DSP) (06/07).

³⁶ Salas Pombo a Torres, 24 de abril de 1956. AGUN. Archivo Salas Pombo (DSP) (06/03).

³⁷ Cf. Notas del consejo de ministros tomadas por el conde de Vallellano, 23-24/II/56. AGUN. Archivo Conde de Vallellano (77/01).

En resumen, una oportunidad única de enderezar el rumbo y el papel de Falange dentro de las estructuras del Estado franquista condujo, quizá por la falta de realismo de Arrese, a la búsqueda de soluciones que no contentaron a los falangistas, salvo a unos pocos. El fracaso de la operación sirvió para que Falange perdiera ya definitivamente cualquier peso real en los órganos de poder franquistas.